

El parlamento democrático, generador de valores cívicos



Victorino Mayoral Cortés
Ex Diputado al Congreso del PSOE

Asistimos a un espectáculo de brutalización de la política que ha comenzado a ensombrecer la imagen actual de nuestro sistema democrático y a generar incertidumbres sobre su calidad y ejemplaridad. Esta deriva causa un ambiente socialmente pernicioso, que en el campo de la educación puede hacer inviable la labor del profesorado para que sus alumnos alcancen “el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia” (Artículo 27 de la Constitución). El ejemplo para los niños y jóvenes es demoledor.

Existe ya cierta alarma social sobre el mal ejemplo que para la práctica de los valores cívicos democráticos por la ciudadanía representa el espectáculo de sobreexcitación, violencia verbal, confrontación e intolerancia con la que actúan dirigentes de la derecha extrema y la extrema derecha. Partidos que están destrozando, mediante el ejercicio de una pedagogía negativa, la imagen de la institución representativa de la soberanía nacional como espacio privilegiado para el debate racional y la confrontación civilizada y argumentada de críticas, alternativas y proyectos entre organizaciones plurales en sus ideologías e intereses. No olvidemos que el pluralismo es uno de los valores superiores de nuestra Constitución y que, por tanto, es elemento cuya existencia debe ser cultivada y respetada.

Un espectáculo de brutalización de la política que ha comenzado a ensombrecer estos últimos

años la imagen actual de nuestro sistema democrático y a generar incertidumbres sobre su calidad y ejemplaridad. Un espectáculo causante de un ambiente socialmente pernicioso, que en el campo de la educación puede hacer inviable la labor del profesorado para que sus alumnos alcancen “el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia” (Artículo 27 de la Constitución).

No es por nostalgia, pero las cosas no fueron siempre así. Hubo un tiempo en la historia de nuestro parlamentarismo en el que ser adversarios políticos no se identificaba necesariamente con el hecho de ser enemigos irreductibles situados en la confrontación maniquea del bien contra el mal (*El ángel y la bestia* del verso fascista de Pemán) y destinados a la mutua destrucción y exterminio moral. En 1985, el letrado de las Cortes, Luis Cazorla, publicó el libro

La oratoria parlamentaria (Austral), en el que demostraba de qué manera la existencia de acuerdos sobre lo fundamental, el entendimiento sobre los grandes problemas de Estado y sobre las reglas básicas y límites de comportamiento en la confrontación dialéctica, influían directamente sobre la conducta y la oratoria parlamentaria, de modo que “el enfrentamiento a través de la palabra, la oratoria esgrimida, es de un tono más reposado, menos enérgico, más matizado, más condescendiente, menos pugnaz”. Nada que ver con los arrebatos cargados de insultos y descalificaciones de todo tipo, que algunos en su calculado y teatral extremismo suelen ahora protagonizar, para tratar de polarizar a una ciudadanía que muchas veces responde con hartazgo e indiferencia hacia la política.

Lo que no quiere decir que entonces no hubiese enfrentamientos acalorados, conflictos políticos en

los que el disenso no fuera profundo, con cruce de críticas duras y mordaces y campañas y movilizaciones en la calle, como la amplia, costosa y virulenta que los sectores conservadores y confesionales, empresariales y organizaciones católicas de la educación, con el apoyo parlamentario de Alianza Popular, montaron contra la Ley

los primeros años de democracia parlamentaria? Hoy todo ha cambiado tras la aparición de un ambiente irrespirable, en el que son frecuentes expresiones atroces y destructivas para la convivencia democrática, situaciones de ruptura de los consensos básicos, de las reglas mínimas de respeto y tolerancia y de la aceptación

Qué pensar de todo ello si, por añadidura, el partido de extrema derecha VOX, surgido del mismo seno del PP, eleva aún más el tono y agresividad de sus gravísimas acusaciones al Gobierno, a su Presidente y a la mayoría parlamentaria, con la reiterativa milonga de Gobierno ilegítimo, totalitario, criminal y comunista, dictadura constitucional, mafia golpista, etc.

¿Es sostenible un sistema democrático en el que el líder del principal partido de la oposición arremete, un día sí y otro también, contra el jefe de Gobierno salido de las urnas y de la mayoría parlamentaria, calificándole de ser “ilegítimo”?

Orgánica del Derecho a la Educación (LODE). Pero también tuvieron lugar gestos que trataban fortalecer el nuevo parlamentarismo como ámbito estructurado de confrontación política y diálogo. Tal fue el caso de la creación, durante la legislatura de mayoría absolutísima socialista (202 diputados en las elecciones de 1982) del estatuto de líder de la oposición, a la sazón Fraga Iribarne, padre fundador del PP, con la correspondiente dotación de gastos de representación, orden de precedencia en los actos oficiales, despacho, secretaría, escoltas y coche oficial.

En busca del diálogo y el acuerdo

¿Cómo y por qué se puede haber pasado desde aquellos intentos de diálogo, acuerdos y creación de un sistema parlamentario habitable para todos como instrumento de participación política, oposición y gobierno legítimos, hasta la actual imagen de partidos de la derecha “echados al monte” adoptando un comportamiento diametralmente opuesto al de

sincera del pluralismo y la legitimidad de todas y cada una de las fuerzas políticas.

¿Es sostenible un sistema democrático en el que el líder del principal partido de la oposición arremete, un día sí y otro también, contra el jefe de Gobierno salido de las urnas y de la mayoría parlamentaria, calificándole de ser “ilegítimo”, “el mayor felón de la historia democrática española”, el mayor traidor incurso nada menos que en delito de alta traición, responsable de la ruptura de la legalidad y de un intento de golpe de Estado, desleal, irresponsable, mentiroso, etc., etc., todo en una catarata de falacias *ad hominem*? Qué decir si, además, ello viene acompañado de un lenguaje bélico, de ruptura de puentes y de diálogo institucional, obstruccionismo sistemático en importantes y delicadas cuestiones de Estado, así como de vetos y negativas infundadas a pactar la obligada y necesaria renovación de instituciones medulares del sistema constitucional de poderes.



Es evidente el peligro que para una normal convivencia democrática, tanto en las cámaras como en la convivencia civil, comporta tal conjunto de despropósitos y de incontenible diarrea verbal, teatralizada cual guiñol bravucón jaleado en los medios, sin límite de responsabilidad y sin calcular consecuencias. Acusaciones que

tomadas en serio —algo que debemos hacer ya por previsión y prudencia democrática— constituyen una impugnación directa contra el principio esencial de la legitimidad que bordea el discurso de odio y alienta y justifica la desobediencia, la objeción y la impugnación, si cabe violenta frente a un poder considerado fuente del mal que debe ser extirpado. Es, en suma, la

describió y denunció T. Todorov en su obra, no son solamente externos sino también internos; aquellos que degradan gravemente la democracia, sus reglas y sus instituciones, para servirse de ellas sectariamente despreciando las consecuencias de sus actos. Ya hemos visualizado las imágenes de la ocupación del Congreso de los Estados Unidos por una turba de partidarios del

derecha, Steve Bannon y de su jefe de filas, el presidente Donald Trump, a cuya estrategia electoral sirvió aquel. Las consecuencias de su concepción de la política, ampliamente compartidas por el actual Partido Republicano aparecen certeramente analizadas en la obra "Cómo mueren las democracias", (Steven Levitsky y Daniel Ziblatt. Ariel 2018).



política entendida como guerra sin cuartel, en la que no está vedada la utilización de ningún medio, por ruin y despreciable que sea, que contribuya a la destrucción de la imagen y del proyecto político del adversario.

Ya tenemos entre nosotros a los *Enemigos íntimos de la democracia* (Galaxia Gutenberg, 2012), que, como

populista autoritario Donald Trump tratando de impedir la toma de posesión de Biden, al que se negaba ser ganador de las elecciones y, por lo tanto, declarado ilegítimo e indigno de gobernar.

Las derechas españolas parecen estar siguiendo las enseñanzas del gran gurú del paleoconservadurismo y la extrema

Los autores describen el proceso de degradación y confrontación radicalizada experimentado por la democracia en EE. UU. Acusaciones a los demócratas de ser la amenaza para la democracia y la supervivencia del país, del robo de elecciones, ilegitimidad de los dos últimos presidentes, Obama, tachado de marxista y musulmán



nacido fuera de los EE. UU, y Biden, falso ganador de las presidenciales; pero responsables, ellos y su partido, de una dictadura totalitaria, comunistas, antipatriotas, malos e inmorales. Mas el

hasta conseguir que la hostilidad alcance el efecto deseado de polarización y destrucción del enemigo. No importa que el discurso resulte incívico, sobreexcitado, teatral y apocalíptico y propio de un partido

reglas y conductas agresivas, que ellos ponen en juego, sino evitando participar en una espiral dialéctica incontrolada y en el blanqueo de sus estrategias y tácticas de confrontación, amedrentamiento y división. Como ocurre con el combate a los discursos de odio, hay que ser capaces de construir y demostrar que existe otro mundo de valores que fundamentan un modelo de democracia más auténtica que debe sobrevivir, porque es la garantía de la paz civil y de cerrar la brecha que algunos están abriendo hacia el autoritarismo o alguna de las versiones actualizadas del fascismo, que como nos recordó Umberto Eco en su opúsculo *Contra el fascismo* (Lumen, 2018), "está aún a nuestro alrededor vestido de paisano". Por eso, "Nuestro deber es desenmascarar y apuntar con el índice a cada una de sus formas nuevas". **TEMAS**

Hay que ser capaces de construir y demostrar que existe otro mundo de valores que fundamentan un modelo de democracia más auténtica que debe sobrevivir.

rechazo a inmigrantes y refugiados, a la igualdad de género, matrimonio homosexual, aborto e interculturalidad basada en una islamofobia irrestricta y en un fundamentalismo cristiano.

Y la vuelta a Hobbes, al *homo homini lupus* de la política entendida como guerra pura y dura por el poder, lo que requiere utilizar formas agresivas, duras, combativas y lenguaje desmesurado y peyorativo,

antisistema. Tampoco que la oposición parlamentaria sea filibustera y obstruccionista, sin respetar la buena fe ni las reglas de contención que deben existir para el funcionamiento de una democracia sana.

Efectivamente, "así mueren las democracias", corroídas gradualmente por la acción de sus "enemigos íntimos". España no es una excepción, esto hay que pararlo. Pero no adoptando las mismas